HAITÍ EN EL CAMINO

Permanentemente sumergida en la miseria más atroz, la República de Haití ha tenido que vérselas de nuevo con los devastadores efectos de un huracán que apenas encontró resistencia en un país material y anímicamente arruinado.

Cuando todavía se guardaba fresca la memoria del ciclón que en 2010 dejó un reguero de alrededor de doscientos cincuenta mil cadáveres, una nueva catástrofe de nombre Matthew ha azotado a la población de una nación fantasmagórica, desgarrada por una miseria endémica fruto de siglos de dominación colonial, corrupción política y explotación corporativa.

Prolija fabricante de personajes turbios e insaciables, Haití parece haber perdido el favor de los dioses desde que en 1791 diese los primeros pasos para abolir la esclavitud.

A un paisaje de gentes acorraladas entre la miseria y la opresión, se ha añadido el espectáculo de estructuras devastadas, casas apiñadas y cosechas destruidas.

Del mismo modo, los precarios campamentos en los que subsistían centenares de personas fueron barridos del mapa, culminando así la obra aniquiladora del último huracán.

Un saldo de más de ochocientos muertos ha terminado de minar la moral de un país exangüe, trágicamente situado en la ruta de devastadores fenómenos naturales y con una larga tradición en eventos luctuosos.

Ya nos habíamos acostumbrado a escuchar que era la nación más pobre del hemisferio norte, pero es imposible imaginar la lucha por la sobrevivencia de los haitianos, golpeados por un huracán que se ha llevado por delante lo poco que había sobrado del anterior. Como escribió Lucano, para los supervivientes la única esperanza de salvación es la de no haber perecido todavía.

En el aire, la certeza de que el único horizonte que se le puede augurar a los haitianos es el de un porvenir terrible si no recuperamos el viejo principio de la solidaridad y les tendemos nuestra mano amiga.

Como ninguna desgracia es inevitable si se cuenta con la empatía y el apoyo de otros, en esta hora de la reconstrucción es preciso hacerles llegar toda la ayuda necesaria para que puedan, de una vez por todas, esquivar el abismo de la pobreza y la muerte.











JIAL BALIZARE

Jiael Balizare, 77 años. Vive con su hijo, con quien cultiva una pequeña parcela de tierra.

Frecuentemente ambos se desplazaban a Port Salut en una motocicleta para vender algunos de sus productos.

Después de la catástrofe ya no han podido continuar con su tarea en el campo y han perdido la moto.





JEAN DIEMPOR

Jean Diempor, 66 años. Vivía con su esposa y sus ocho hijos. Recuerda con pavor el paso del huracán, mientras él y su familia permanecían encerrados en la casa. Ha perdido casi todo lo que poseía, la cosecha y sus pertenencias, a pesar de que la casa se mantiene milagrosamente en pie.

Su mujer y sus hijos se han mudado a casa de algunos familiaraes a la espera de que puedan reconstruir la vivienda.





JAIL BELIGAIRE

Jail Beligaire, 77 años. Jail reside en el campo junto a su marido. El huracán arrasó su hogar y su pequeña huerta, único sustento del matrimonio.

Ahora apenas puede caminar debido a las secuelas que Matthew le dejó en una pierna y ante la imposibilidad de conseguir los medicamentos que necesita, pasa las horas sentada en lo que fuera la entrada de su casa, a la espera de una ayuda que nunca llega.





FAMILIA JNEY

La familia Jney de seis miembros está formada por el abuelo, su hija, el marido y tres nietos, vivía en una choza que pertenecía a sus abuelos que ha sido prácticamente destrozada por el huracán.

Residen en el campo y habitualmente recorren seis kilómetros para acceder a agua potable.





FAMILIA FORESTAL

Sugerente Forestal, 46 años, y Fernande Roche, 25 años, hermanas, viven solas con sus hijas, Astaron Alece, de 4 años, y Jinou Alece, de 4 años.

Su casa fue devastada por el Huracán Matthew. En la actualidad duermen bajo un toldo colocado en el porche de la casa de una vecina.

Las pequeñas se pasan el dia jugando entre los escombros de lo que fue su casa.





REPARTO DE AYUDA

Según estimaciones de la Organización de Naciones para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la seguridad alimentaria de unos ochocientos mil haitianos se encuentra comprometida como consecuencia de la acción del Huracán Matthew.

Los enormes destrozos provocados en las tierras de cultivo, la proximidad del invierno y un país en estado de emergencia, han favorecido esta situación crítica que deja al borde del abismo a una parte significativa de la población nacional, si tenemos en cuenta que Haití cuenta con algo más de quince millones de habitantes.

A la destrucción de las cosechas, debemos agregar la de maquinaria, utensilios y aperos necesarios para las tareas productivas.

Para tratar de paliar los perversos efectos de esta combinación de elementos, y a partir de Goreni, zona cero del Matthew, organismos internacionales de ayuda humanitaria y asistencia médica como Médicos del Mundo han desplegado un operativo de intervención articulado en varias líneas de trabajo. Desde el apoyo a los centros de salud a la compra de medicamentos, pasando por campañas de educación sanitaria y refuerzo de personal médico local, este despliegue urgente trata de amortiguar los daños causados directamente por el tornado, así como contener la insidiante amenaza que supone el cólera para la población haitiana.













CÓLERA

La calma no ha llegado a la República de Haití después de la tempestad. El día después ha traído una nueva alerta, esta vez silenciosa, sibilina, que ha puesto en jaque a los que se libraron de la furia del Matthew: el cólera.

Presente en la vida cotidiana de los haitianos, esta calamidad se cobra cada año un enorme y macabro tributo. En efecto, la pandemia de cólera ha consumido ya más de diez mil vidas humanas, y miles de hombres, mujeres y niños han contraído la enfermedad desde que el terremoto de 2010 arrasase el país.

Pero la desgracia viaja rápido y se expande sin cesar por toda la geografía del país, causando auténticos estragos allí donde el huracán dejó su huella con mayor virulencia, interrumpiendo el suministro de agua potable.

En todo caso, en muchos puntos del país ya era prácticamente imposible conseguir agua potable antes de la llegada del Matthew.

Inermes frente a esta amenaza diaria, los haitianos han debido estrenar la pocas medidas de precaución a su alcance para no ser presa de una plaga tan dramática como el peor de los tornados.

Las circunstancias históricas, políticas y sociales han determinado la suerte de estos malhadados antillanos, protagonistas de catástrofes indecibles, encallados entre los restos de un huracán y devorados por un enemigo invisible.









